

hasta con un galeote, sobre todo con un galeote, se debe mantener la palabra empeñada. Sin embargo, su primer deber era hácia Coseta. En suma, una repulsion que lo dominaba todo, le indignaba.

Todo este conjunto de ideas le revolvía Marius confusamente en su espíritu, pasando de la una á la otra, y removido por todas ellas. De aquí una profunda turbacion. No le fué fácil empresa la de ocultar á Coseta esta turbacion, pero el amor es un talento, y Marius lo consiguió.

Por lo demas, sin que dejara él traslucir ningun objeto aparente, dirigió algunas preguntas á Coseta, cándida como una paloma, y que estaba muy ajena de sospechar nada; la habló de su infancia y de su juventud, y se convenció cada vez más de que aquel galeote habia sido para Coseta todo lo bueno, paternal y respetable que puede ser un hombre. Todo lo que Marius habia entrevisto y supuesto era la realidad. Aquella ortiga siniestra habia amado y protegido á aquella azucena.

LIBRO OCTAVO

EL DECRECIMIENTO CREPUSCULAR

I

EL CAURTO BAJO

Al anochecer del dia siguiente, llamaba Juan Valjean á la puerta de la casa Gillenormand. Basque fué quien le recibió. Basque se hallaba esperando en el patio á la hora precisa, y como si hubiese recibido órdenes al efecto. Á veces sucede que se dice á un criado: Esté usted á la mira para cuando llegue el señor fulano.

Sin esperar á que Juan Valjean llegara hasta él, Basque le dirigió la palabra:

— El señor baron me ha encargado que le pregunte á usted si desea subir, ó quedarse abajo?

Quedarme abajo, respondió Juan Valjean.

Basque, quien por lo demas se mostraba absolutamente respetuoso, abrió la puerta de la sala baja y dijo: Voy á prevenir á la señora.

La pieza donde entró Juan Valjean era un cuarto bajo, abovedado y húmedo, que en ocasiones solia servir de despensa, que daba á la calle, cuyo pavimento era de baldosas encarnadas, y mal alumbrado por una ventana con reja.

Esta sala no era de aquellas que se ven muy atormentadas por el sacudidor, la escoba y el plumero. El polvo reposaba allí tranquilo. La persecucion de las arañas no estaba organizada. Una enorme telaraña, bien extendida y muy negra, adornada de moscas muertas, hacia la rueda sobre una de las vidrieras de la ventana. La sala, pequeña y baja, se hallaba amueblada con un monton de botellas vacias aglomeradas en uno de los rincones. La pared, embadurnada con un jalbegue de ocre amarillo, se desconchaba en grandes placas. En el fondo, habia una chimenea de madera pintada de negro, con tablilla estrecha. En esta chimenea habia lumbre encendida; lo que indicaba que se habia contado con la respuesta de Juan Valjean. *Quedarme abajo.*

Dos sillones habian colocado, uno á cada lado de la chimenea. Entre ámbos sillones se hallaba tendido y sirviendo de alfombra un viejo tapiz ó ruedo de cama, que mostraba más cuerda que lana.

El alumbrado del cuarto no era otro que el fuego de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Juan Valjean estaba cansado. Hacia ya algunos días que sufría casi entera privacion de alimento y de sueño. Se dejó caer sobre uno de los sillones.

Basque volvió, colocó sobre la chimenea una bujía encendida y se retiró. Juan Valjean, con la cabeza inclinada

y la barba sobre el pecho, ni vió á Basque, ni tampoco notó la bujía.

De improviso se enderezó como sobresaltado. Coseta se hallaba detras de él.

No la habia visto entrar, pero habia sentido que entraba.

Se volvió, y la contempló. Estaba adorablemente hermosa. Pero lo que él miraba, con su mirada profunda, no era la hermosura, era el alma.

— Ea bien, padre, exclamó Coseta, yo sabía que usted era singular, pero jamas habria imaginado una como esta. ¡Vaya una idea! Marius me dice que usted es el que quiere que le reciba yo aquí.

— Sí, yo soy.

— Esperaba esa respuesta. Bien. Le prevengo á usted que le voy á armar un escándalo. Ante todo, principiemos por el principio. Padre, béseme usted.

Y le mostró su mejilla.

Juan Valjean permaneció inmóvil.

— No se mueve usted. Está bien, tomo acta de esto. Actitud de culpable. Pero, de todos modos, le perdono á usted. Jesucristo dijo: Mostrad la otra mejilla. Héla aquí.

Y le presentó la otra mejilla.

Juan Valjean no se movió. Parecia como que tenia clavados los piés en el suelo.

— Esto es ya cosa seria, dijo Coseta. ¿Qué es lo que yo le he hecho á usted? Me declaro enojada. Usted me debe mi reconciliacion. Comerá usted con nosotros.

— Ya he comido.

— Eso no es verdad. Yo haré que el señor Gillenormand le riña á usted. Para eso están los abuelos, para zurrar á los papás. Vamos. Suba usted conmigo á la sala. Al momento.

— Imposible.

Coseta aquí perdió ya un poco de terreno. Dejó de ordenar y pasó á preguntar.

— ¿Pero por qué? y escoge usted para verme el cuarto más feo de la casa. Esto es horrible

— Tú sabes...

Juan Valjean se contuvo.

— Usted sabe, señora, yo soy un hombre raro, tengo mis manías y mis extravagancias.

Coseta golpeó sus manecitas una contra otra.

— ¡Señora!... ¡usted sabe!... ¡otra novedad aún! ¿Pero qué quiere decir esto?

Juan Valjean fijó en ella una de aquellas sonrisas aflitivas á las cuales solía él recurrir á veces:

— Usted ha querido ser señora. Y lo es.

— No para usted, padre.

— No me llame usted ya padre.

— ¿Pues, cómo?

— Llámeme usted señor Juan. Juan, si usted quiere.

— ¿Ya no es usted padre? ¿Yo no soy yo Coseta? ¿Señor Juan? ¿Pero qué significa todo esto? ¿Estasson revoluciones completas, segun veo? ¿Mas qué es lo que ha pasado? Míreme usted pues un poco, de frente. ¡Y no quiere usted habitar con nosotros! ¡No quiere usted venir á ocupar mi cuartito! ¿Qué le he hecho yo á usted? ¿qué le he hecho yo á usted? ¿Conque ha habido algo?

— Nada.

— ¿Pues bien, y entónces?

— Todo está como de ordinario.

— ¿Por qué cambia usted de nombre?

— Tambien usted lo ha cambiado.

Volvió á sonreír con aquella misma sonrisa desgarradora, y añadió:

— Puesto que usted es la señora Pontmercy, bien puedo yo ser el señor Juan.

— Yo no comprendo nada. Todo eso es tonto. Yo pediré á mi marido permiso para que usted sea el señor Juan. Estoy segura de que no consentirá en ello. Me causa usted mucha pena. Se tienen caprichos y rarezas, pero no se debe dar disgustos á su Cosetita. Eso no está bien. Usted que es tan bueno, no tiene derecho á ser malo.

Juan Valjean no respondió.

Tomóle ella vivamente ambas manos, y, con un movimiento irresistible, levantándolas hácia su rostro, las estrechó contra su propio cuello por bajo de la barba, que es un acto de la más profunda ternura.

— ¡Oh! le dijo, ¡sea usted bueno!

Y despues prosiguió:

— Hé aquí lo que yo llamo ser bueno: ser amable, venirse á vivir con nosotros, tenemos aquí pájaros como en la calle de Plumet, estar en nuestra compañía, dejar aquel zaquizami de la calle de l'Homme-Armé, no darnos charadas que adivinar, ser como todo el mundo, comer con nosotros, almorzar con nosotros, ser mi padre.

Él desprendió sus manos.

— Ya no tiene usted necesidad de padre, tiene usted un marido.

Coseta se incomodó.

— ¡Que ya no tengo necesidad de padre! ¡En verdad que de tales cosas, que no tienen sentido comun, no sabe una qué decir!

— Si estuviera aquí Toussaint, repuso Juan Valjean como quien trata de buscar el apoyo de alguna autoridad y que se agarra á cualquiera rama, si estuviera aquí Toussaint, ella sería la primera en convenir conmigo, y en declarar que es cierto, que yo siempre he tenido mis maneras particulares de obrar. Nada nuevo hay en esto. Á mi siempre me ha gustado mi rincón oscuro.

— Pero si aquí hace frio. Está esto lóbrego. Y eso de

querer llamarse el señor Juan es abominable. Yo no quiero que usted me hable de usted.

— Hace poco, al venir aquí, respondió Juan Valjean, he visto en la calle de San Luis un mueble, en casa de un ebanista. Si yo fuera una mujer bonita, me obsequiaría con aquel mueble. Es una mesa de tocador muy linda; género de ahora. Lo que llaman ustedes, según creo, palo de rosa. Está incrustada. El espejo es bastante grande. Y tiene sus cajones. Es cosa bonita.

— ¡Oh! el oso feo! repuso Coseta.

Y con un donaire supremo, apretando los dientes y separando los labios, se puso á soplar contra Juan Valjean. Era una Gracia remedando á una gata.

— Estoy furiosa, añadió. Desde ayer, todos ustedes me hacen rabiar. Tengo muy mal humor. No comprendo nada. Usted no me defiende contra Marius, Marius no me sostiene contra usted, me encuentro enteramente sola. Arreglo bonitamente un cuarto. Si hubiera podido colocar allí al mismo Dios, le habría colocado, para que hiciera la mejor de las compañías; y me dejan plantado mi cuarto. Mi inquilino me hace bancarota. Encargo á Nicolette una buena comidita. No queremos su comida de usted, señora. Y mi padre Fauchelevent se empeña en que yo le llame el señor Juan, y que le reciba en una horrible y asquerosa cueva vieja, enmohecida toda ella, cuyas paredes tienen barba, y donde sólo hay, tocante á vidrieras, unas botellas vacías, y tocante cortinas, grandes telarañas! Usted es un hombre singular, convengo en ello, es su género favorito, pero se concede una tregua á las gentes que se casan. No habría usted debido ponerse á hacer el singular en seguida. ¿Conque tan contento va usted á estar en su abominable calle de l'Homme-Armé? ¡Lo que es yo, bien desesperada estaba allí! ¿Qué es lo que usted tiene contra mí? Me causa usted mucha pena. Quite usted allá!

Y poniéndose seria de improviso, miró fijamente á Valjean, y añadió:

— ¡Me tiene usted rencor acaso porque soy dichosa!

La sencillez, sin saberlo, penetra á veces demasiado adelante. Esta pregunta, sencilla para Coseta, era profunda para Juan Valjean. Coseta quería arañar y desgarraba.

Juan Valjean se puso pálido. Quedó sin responder unos instantes, al cabo de los cuales, murmuró con un acento inexplicable y hablándose á sí mismo:

— Su dicha, era el objeto de mi vida. Ahora, ya puede Dios firmarme mi pasaporte. Coseta, tú eres feliz; mi tiempo ha concluido.

— ¡Ah! usted me ha dicho *tú!* exclamó Coseta.

Y se le abalanzó al cuello.

Juan Valjean, desatinado, la estrechó contra su pecho como en un transporte de delirio. Casi le parecía que la recobraba.

— ¡Gracias, padre! le dijo Coseta.

Este arrobamiento iba á aumentar aún la grande pesadumbre que agobiaba á Juan Valjean. Desprendióse pues suavemente de los brazos de Coseta, y tomó el sombrero.

— ¿Y bien? dijo Coseta.

Juan Valjean respondió:

— La dejo á usted, señora, la están esperando arriba. Y desde el umbral de la puerta, añadió:

— La he hablado á usted de tú. Dígale á su marido que no volverá á sucederme. Perdóneme usted.

Juan Valjean salió, dejando á Coseta estupefacta en vista de esta despedida enigmática.

Los días que se siguieron trajeron todos allí á la misma hora á Juan Valjean. Vino todos los días, no teniendo fuerzas para tomar las palabras de Marius de otro modo que á la letra. Marius se arregló de tal manera, que se hablaba ausente á las horas en que venía Juan Valjean. La casa se acostumbró al nuevo modo de ser del señor Fauchelevant. Toussaint ayudó á ello : *Mi señor ha sido siempre así*, repetía ella sin cesar. El abuelo expidió este decreto : — Es un original. Y no hubo más que decir. Por lo demas, á los noventa años, no hay ya ligazon posible; todo es yuxtaposicion; un nuevo conocimiento es un estorbo. Ya no hay sitio donde recibirle; todos los hábitos están adquiridos. El señor Fanchelevant, el señor Tranchelevant; el tio Gillenormand se alegró mucho de hallarse desembarazado de « aquel señor. » Y añadió : — Nada es más comun que esos originales. Hacen toda especie de rarezas; y sin el menor motivo. El marqués de Canaples era aún peor. Compró un palacio para irse él á habitar el granero. Esas son apariencias fantásticas que suelen tener ciertas gentes.

Nadie entrevió el motivo siniestro que se ocultaba bajo esta rara apariencia. Por lo demas, ¿quién habria podido adivinar semejante cosa? En la India hay pantanos de esta especie; el agua parece extraordinaria, inexplicable, agitada y temblorosa sin que haga viento; revuelta allí donde debiera estar tranquila. Se mira en la superficie aquella ebullicion sin causa; y no se ve la hidra que se arrastra en el fondo.

Muchos hombres tienen así un monstruo secreto, un mal que ellos nutren, un dragon que los corroe, una desesperacion que habita en su noche. Tal hombre se parece á los demas, va y viene. No se sabe que tiene en sí un espantoso dolor parásito, con mil dientes, el cual vive en aquel miserable, que de él recibe la muerte. No

II

OTROS PASOS HACIA ATRAS

Al día siguiente, á la misma hora, volvi6 Juan Valjean. Coseta no le dirigió ninguna pregunta, no manifestó ya extrañeza ninguna, no se quejó de que allí hacia frio, no habló más del cuarto; y ademas, procuró evitar el llamarle padre y tambien el llamarle señor Juan, dejando que la hablara á ella de usted, y que la llamara señora. Sólo que se notaba en ella ménos alegría. Habría estado triste, si la tristeza la hubiera sido posible.

Es probable que habia ella tenido con Marius una de esas conversaciones en las cuales el hombre amado dice lo que quiere, no explica nada, y satisface plenamente á la mujer amada. La curiosidad de los amantes no va nunca mucho más allá de su amor.

La sala baja habia hecho un poco de toilette. Basque habia suprimido las botellas y Nicolette las telarañas.